

El pan
de la guerra

Deborah Ellis

Parvana es una chica de once años que vive con su familia en Kabul, la capital de Afganistán, durante la época del gobierno talibán. Cuando su padre es detenido, su familia — sin recursos para poder vivir— buscará una solución desesperada: Parvana, que por ser mujer tiene prohibido ganar dinero, deberá transformarse en un chico.

El pan de la guerra es un libro duro y realista que habla, con humanidad y fuerza, de la supervivencia, la familia, la amistad, la intolerancia y la guerra.

1

—**Y**o puedo leer esa carta tan bien como mi padre —susurró Parvana entre los pliegues de su *chador*—. Bueno, casi igual de bien.

No se atrevía a decirlo en voz alta. El hombre que estaba sentado junto a ellos no quería oír su voz. Ni alguno de los que se encontraban en el mercado de Kabul. Parvana solo ayudaba a su padre a llegar hasta allí, y lo Acompañaba de vuelta a casa después del trabajo. Se sentaba en el extremo más alejado de la manta, con la cabeza y la mayor parte del rostro cubiertos.

En realidad, se suponía que no debía salir. Los talibanes habían ordenado que todas las mujeres y niñas de Afganistán permanecieran en sus casas. Incluso, a las niñas les habían prohibido asistir a la escuela. Parvana había tenido que dejar el colegio en sexto y su hermana Nooria no había podido seguir la secundaria. A su madre la habían echado a patadas de su trabajo como guionista en una emisora de radio de Kabul. Llevaban ya más de un año todos hacina-dos en una habitación; también la pequeña Maryam, que tenía cinco años, y Alí, que tenía dos.

Parvana salía unas horas al día para ayudar a su padre a caminar. Le encantaba estar fuera, aunque eso significaba que tenía que pasarse horas sentada en una manta extendida sobre el duro suelo del mercado. Al menos tenía algo que hacer. Incluso se había acostumbrado a permanecer en silencio y a ocultar su cara.

No abultaba mucho para sus once años. Y como parecía más pequeña, normalmente podía andar por la calle sin que la interrogaran.

—Necesito a esta niña para que me ayude a andar —decía su padre señalándose la pierna si un talibán le preguntaba.

La había perdido cuando el colegio donde daba clases fue bombardeado. También tenía otras lesiones. A menudo se sentía cansado.

—No tengo más hijo varón que un niño muy pequeño —explicaba.

Parvana se encogía aún más encima de la manta e intentaba parecer menor. Le daba miedo mirar a los soldados. Había visto lo que hacían, en especial a las mujeres; el modo en que azotaban y golpeaban a quien querían castigar.

Sentada en el mercado, día tras día, había visto muchas cosas. Cuando rondaban por allí los talibanes, lo que más deseaba era volverse invisible.

El cliente le pidió a su padre que leyera la carta una vez más.

—Léemela despacio, así podré recordarla para mi familia.

A Parvana le habría gustado también recibir una carta. Hacía poco tiempo que el correo había empezado a funcionar de nuevo en Afganistán, después de haber estado varios años interrumpido por la guerra. Muchas de sus amigas habían abandonado el país con sus familias. Creía que estaban en Pakistán, pero no estaba segura, así que no podía comunicarse con ellas. Su propia familia se había mudado tan a menudo a causa de las bombas, que sus amigas ya no sabrían dónde encontrarla.

—Los afganos cubren la tierra como las estrellas el cielo —decía con frecuencia su padre.

Terminó de leerle la carta al hombre por segunda vez. El cliente le dio las gracias y le pagó.

—Te buscaré cuando necesite contestar.

La mayoría de la gente en Afganistán no sabía leer ni escribir. Parvana sí, pero era una de las pocas afortunadas.

Sus padres habían ido a la universidad y eran partidarios de una educación universal, incluso para las niñas.

Los clientes llegaban y se iban según iba transcurriendo la tarde. La mayoría hablaba *dari*, el idioma que Parvana conocía mejor. Ella entendía bastante si utilizaban el *pastún*, pero no todo. Sus padres dominaban también el inglés. Su padre había ido a una universidad en Inglaterra. Eso fue hace mucho tiempo.

El mercado era un lugar muy concurrido. Los hombres hacían la compra para sus familias y los comerciantes voceaban sus mercancías y servicios. Algunos, como el vendedor de té, tenían su propio tenderete. Puesto que no podía moverse de su sitio, empleaba a algunos chicos que corrían de un lado para otro por el laberinto del mercado llevando té a los vendedores que tampoco podían abandonar sus puestos.

—Eso podría hacerlo yo —susurró Parvana.

Le habría gustado pasear por la zona, conocer sus calles sinuosas tan bien como conocía las cuatro paredes de su casa.

Su padre se volvió para mirarla.

—Preferiría verte en el patio de una escuela.

Se dio de nuevo la vuelta para llamar la atención de los viandantes.

—¡Se escribe! ¡Se lee! ¡*Pastún* y *dari*! ¡Preciosos objetos a la venta!

Parvana frunció el ceño. ¡Si no estaba en la escuela no era por su culpa! También ella habría preferido eso a estar incómodamente sentada en la manta, haciéndose polvo la espalda y el trasero. Echaba de menos a sus amigas, su uniforme azul y blanco, y aprender cosas nuevas todos los días.

La historia era su asignatura favorita, en especial la historia de Afganistán. Todo el mundo había pasado por su país. Los persas habían llegado hacía 4 mil años. También Alejandro Magno, y luego los griegos, los árabes, los tur-

cos, los ingleses y, por último, los soviéticos. Uno de esos conquistadores, Tamerlán, que procedía de Samarkanda, decapitaba a sus enemigos y amontonaba las cabezas en grandes pilas, como melones en un puesto de fruta. Toda aquella gente había llegado al hermoso país de Parvana para intentar apoderarse de él, ¡pero los afganos los habían echado a patadas!

Y ahora su país estaba gobernado por las milicias talibanas. Eran afganos y tenían ideas muy definidas acerca de cómo debían funcionar las cosas. Al principio, cuando tomaron la capital, Kabul, y prohibieron a las niñas acudir al colegio, Parvana no se lo tomó demasiado mal. Faltaba poco para un examen de aritmética que no había preparado, y volvía a tener problemas por hablar en clase. La profesora iba a enviar una nota a su madre, pero los talibanes se adelantaron.

—¿Por qué lloras? —le había preguntado a Nooria, quien parecía no poder contener las lágrimas—. A mí me parece estupendo que nos den unas vacaciones.

Parvana estaba segura de que los talibanes las dejarían volver a la escuela al cabo de unos cuantos días. Para entonces, su profesora habría olvidado por completo la nota acusadora que quería escribir a su madre.

—¡Eres una estúpida! —había gritado Nooria—. ¡Déjame en paz!

Una de las dificultades que se tienen cuando se vive con toda la familia en una habitación, es que resalta absolutamente imposible estar solo. Fuera donde fuera Parvana, allí estaba Nooria. Y fuera donde fuera Nooria, allí estaba Parvana.

Sus padres pertenecían a antiguas y respetables familias afganas. Gracias a su educación, ganaban buenos sueldos. Habían tenido una casa grande con jardín, dos criados, televisión, refrigerador y un coche. Nooria tenía su propia habitación. Parvana compartía una con su hermana pequeña, Maryam. Esta no paraba de parlotear, pero a Parvana le pa-

recía maravillosa. A veces era estupendo estar lejos de Nooria.

La casa había sido destruida por una bomba. Desde entonces, su familia se había mudado varias veces, siempre a un lugar más pequeño. Cada vez que su hogar era atacado perdían más cosas. Se volvían más pobres con cada bomba que caía. Ahora vivían todos juntos en una habitación diminuta.

Afganistán llevaba en guerra más de veinte años, el doble de la edad de Parvana.

Al principio fueron los soviéticos los que invadieron el país con sus grandes tanques y los que enviaron aviones de guerra para bombardear pueblos y campos.

Parvana había nacido un mes antes de que los invasores comenzaran a retirarse.

—Eras una niña tan horrenda que los soviéticos no soportaban estar en el mismo sitio que tú —Nooria disfrutaba repitiéndolo—. Se marcharon horrorizados, atravesando la frontera tan rápido como sus tanques se lo permitieron.

Después de que se fueron, los mismos hombres que los habían estado combatiendo decidieron que querían seguir disparándole a algo; así que se mataron los unos a los otros. Durante esa época, cayeron muchas bombas en Kabul. Murió mucha gente.

Las bombas siempre habían formado parte de la vida de Parvana. Cada día, cada noche, caían proyectiles del cielo y la casa de alguien explotaba.

La gente corría. Primero en una dirección, luego en otra, siempre intentando encontrar un lugar donde no pudieran ser alcanzados. Cuando era pequeña, a Parvana la llevaban en brazos. Luego creció y tuvo que arreglárselas sola.

Ahora, la mayor parte del país estaba controlada por los talibanes. La palabra talibán significa «estudiante religioso», pero su padre le había explicado que la religión trataba de enseñar a las personas a ser mejores, a ser más bondadosas.

—¡Los talibanes no están haciendo de Afganistán un lugar mejor para vivir! —decía.

Aunque todavía caían bombas en Kabul, no lo hacían con tanta frecuencia como antes. El norte del país aún estaba en guerra, y era allí donde se producía la mayor parte de las muertes en aquellos momentos.

Otros cuantos clientes llegaron y se fueron, y su padre le propuso dar por terminado el trabajo.

Parvana se puso de pie, de un salto, y cayó al suelo. Se le había dormido un pie. Lo masajeó y volvió a intentarlo. Esta vez consiguió mantenerse erguida.

Recogió primero todos los objetos que tenían para vender platos, almohadas, adornos de la casa que habían sobrevivido a los bombardeos. Como muchos afganos, vendían lo que podían. Su madre y Nooria andaban permanentemente rebuscando entre las pertenencias familiares para ver de qué podían prescindir. Había tanta gente vendiendo cosas en Kabul, que a Parvana le extrañaba que aún quedara alguien que quisiera comprarlas.

Su padre guardó sus lápices y el papel de escribir en la bolsa que llevaba al hombro. Apoyado en su muleta y tomado del brazo de Parvana, se levantó lentamente. Esta sacudió el polvo de la manta y la dobló. Empezaron el camino.

En distancias cortas, su padre podía arreglárselas solo con su muleta. En recorridos más largos, necesitaba apoyarse en ella.

—Tienes el tamaño justo —decía.

—¿Y qué pasará cuando crezca?

—¡Pues que creceré contigo!

Su padre tenía antes una pierna artificial, pero la había vendido. No tenía la intención de hacerlo. Las piernas ortopédicas se hacen a la medida, y la que sirve para una persona no tiene por qué servirle necesariamente a otra. Pero un cliente la vio en la manta, se olvidó de los otros objetos

que había a la venta, y se empeñó en comprarla. Le ofreció tanto dinero, que su padre finalmente cedió.

Ahora había un montón de piernas ortopédicas a la venta en el mercado. Desde que los talibanes habían decretado que las mujeres tenían que permanecer en sus casas, muchos maridos se las habían quitado a sus esposas.

—No puedes ir a ninguna parte. ¿Para qué la necesitas? —preguntaban.

Por todo Kabul había edificios bombardeados. En vez de tener casas y negocios, los barrios solo tenían ladrillos y polvo.

En otro tiempo, Kabul había sido hermoso. Nooria recordaba las aceras, los semáforos que cambiaban de color, las salidas nocturnas a restaurantes y al cine o, simplemente, a mirar los escaparates de ropa y libros de las tiendas elegantes.

La ciudad había estado en ruinas durante la mayor parte de la vida de Parvana y le resultaba difícil imaginarla de otro modo. Le dolía escuchar historias sobre el antiguo Kabul, antes de los bombardeos. No quería pensar en nada de lo que las bombas le habían arrebatado, incluyendo la salud de su padre y su preciosa casa. La ponía furiosa, y como no podía hacer nada con su rabia, se entristecía.

Abandonaron la zona más populosa del mercado y doblaron por una calle lateral hacia su bloque de apartamentos. Parvana guiaba a su padre con cuidado a través de los profundos cráteres y socavones que había en el camino.

—¿Cómo se las arreglan las mujeres con *burkas* para andar por estas calles? —preguntó Parvana—. ¿Cómo hacen para ver por dónde van?

—Tropiezan muchas veces —contestó su padre. Tenía razón. Parvana las había visto caerse.

Miró hacia su montaña favorita. Se alzaba majestuosa al final de su calle.

—¿Cómo se llama esa montaña? —había preguntado al poco de haberse mudado al nuevo barrio.

—Es el monte Parvana.

—No es cierto —había exclamado con desdén su hermana Nooria.

—No deberías mentirle a la niña —dijo su madre.

Toda la familia había salido de paseo antes de la llegada de los talibanes. Su madre y Nooria llevaban pañuelos ligeros en el pelo. El sol de Kabul les daba en la cara.

—Son las personas las que ponen nombre a las montañas. Yo soy una persona y bautizo a esta con el de Parvana —dijo su padre.

Su madre se había dado por vencida, riendo. Su padre también se echó a reír, al igual que Parvana y la pequeña Maryam, que ni siquiera sabía el motivo. Hasta la gruñona de Nooria se les unió. El sonido de la risa familiar ascendió por el monte Parvana y su eco regresó hasta la calle.

Ahora Parvana y su padre subían lentamente las escaleras del edificio. Vivían en el tercer piso de un bloque de apartamentos que había sido alcanzado durante un ataque de proyectiles, quedando en parte reducido a escombros.

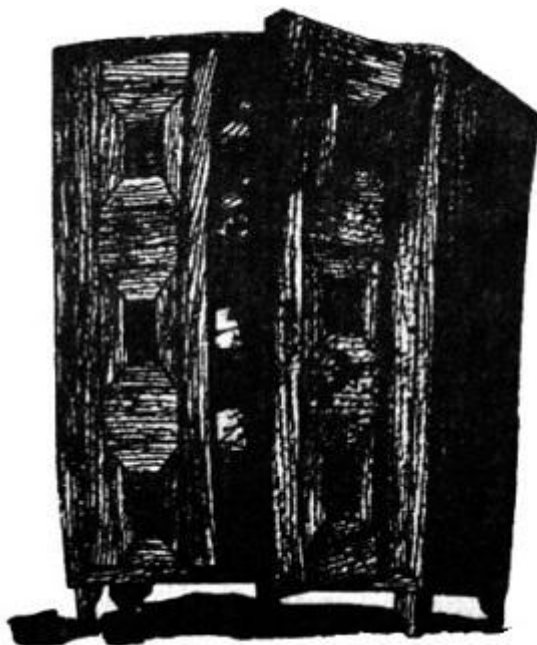
Las escaleras, que ascendían en zigzag por la parte exterior, también habían sido dañadas por las bombas, y en algunos lugares habían desaparecido por completo. En otros, solo quedaba la barandilla.

—Nunca te apoyes —le repetía su padre una y otra vez a Parvana.

Para su padre era más fácil subir que bajar, pero, aun así, les llevaba mucho tiempo hacerlo.

Finalmente, alcanzaron la puerta de su hogar, y entraron.

2



Su madre y Nooria estaban otra vez haciendo la limpieza. Su padre besó a Alí y a Maryam, y fue directo al cuarto de baño para quitarse el polvo del pie, la cara y las manos. Después se tendió a descansar sobre el *toshak*.

Parvana dejó los bultos en el suelo, y empezó a quitarse el *chador*.

—Necesitamos agua —dijo Nooria.

—¿Puedo antes sentarme un rato? —le preguntó Parvana a su madre.

—Descansarás mejor cuando hayas terminado tus tareas. Ve ahora. El depósito está casi vacío.

Parvana rezongó. Tendría que hacer cinco viajes hasta el grifo del agua. Seis, porque a su madre no le gustaba ver la cubeta vacía.

—Si lo hubieras hecho ayer cuando mamá te lo pidió, no tendrías que cargar tanto hoy —dijo Nooria cuando Parvana pasó a su lado para recoger la cubeta.

Nooria le sonrió con superioridad de hermana mayor mientras se echaba el pelo hacia atrás, sobre los hombros. A Parvana le habría gustado darle una patada. Nooria tenía un pelo precioso, largo y voluminoso. El de Parvana era fino y lacio. Le habría gustado tenerlo como el de su hermana, y Nooria lo sabía.

Parvana gruñó durante todo el camino, mientras bajaba las escaleras y se dirigía al grifo de su barrio. El viaje de vuelta a casa con la cubeta llena resultó todavía peor; especialmente cuando tuvo que subir los tres pisos. Aunque estar enfadada con Nooria le daba fuerzas; así que Parvana siguió gruñendo.

—Nooria nunca va a buscar agua, ni mamá tampoco. Ni Maryam. ¡Ella no hace nada!

Parvana sabía que estaba diciendo tonterías, pero igual siguió rezongando. Maryam solo tenía cinco años y no podía cargar una cubeta vacía escaleras abajo, y menos aún subir con una llena. Y su madre y Nooria tenían que ponerse los *burkas* cada vez que salían; no podían llevar una carga de agua por esas escaleras rotas vestidas así. Además, era peligroso que las mujeres salieran a la calle sin un hombre.

Parvana sabía que a ella le tocaba acarrear el agua porque no había nadie más en la familia que pudiera hacerlo. A veces, eso le dolía. Otras, se sentía orgullosa. Aunque había una cosa que tenía bien clara: no importaba lo que pensara. Estuviera de buen o de mal humor, había que ir a buscar agua, y tenía que hacerlo ella.

Finalmente, cuando se llenaron el tanque y la cubeta, Parvana pudo quitarse las sandalias, colgar el *chador* y des-

cansar. Se sentó en el suelo al lado de Maryam y se quedó mirando cómo dibujaba su hermana.

—Lo haces muy bien. Un día venderás tus dibujos por un montón de dinero. Seremos muy ricos, viviremos en un palacio y tú llevarás vestidos de seda azul.

—Verde —dijo Maryam.

—Verde —cedió Parvana.

—En lugar de estar ahí sentada podrías ayudarnos.

Su madre y Nooria estaban limpiando otra vez el armario.

—¡Lo limpiaron hace tres días!

—¿Vas a ayudarnos o no?

«No», pensó Parvana, pero se levantó. Su madre y Nooria siempre estaban limpiando algo. Como no podían trabajar, ni ir al colegio, no tenían mucho más que hacer.

—Los talibanes han dicho que nos tenemos que quedar en casa, pero eso no significa que tengamos que vivir en medio de la suciedad —le gustaba decir a su madre.

Parvana detestaba tanta limpieza. Derrochaban el agua que ella tenía que ir a buscar. Lo peor era cuando Nooria se lavaba el pelo.

Parvana ojeó la pequeña habitación. Todos los muebles que recordaba de sus otras casas habían sido destruidos por las bombas, o robados por saqueadores. El único que les quedaba era uno alto de madera que ya estaba en la habitación cuando la alquilaron. Contenía las escasas pertenencias que habían conseguido salvar. Pegados a la pared había dos *toshaks*. Ese era todo el mobiliario. Antes tenían hermosas alfombras afganas. Parvana recordaba cómo recorría los intrincados dibujos con los dedos cuando era más pequeña. Ahora solo había esteras baratas sobre el suelo de cemento.

Parvana podía cruzar la habitación contando diez pasos en una dirección, y doce en la otra. Normalmente se hacía cargo de barrer la estera con su pequeña escoba. Conocía cada uno de sus centímetros.

Al fondo del cuarto estaba el baño. Era una habitación minúscula con una tarima como inodoro. ¡Nada que ver con el moderno de tipo occidental que tenían antes! Guardaban allí la cocinita de gas porque había un pequeño agujero en lo alto de la pared por donde circulaba aire fresco. También estaba allí el depósito del agua —un tambor de metal en el que cabían cinco cubetas— y, a su lado, el lavabo.

En la parte del edificio que todavía se mantenía en pie, vivían otras personas. Parvana las veía cuando iba a buscar agua o se dirigía con su padre al mercado.

—Tenemos que mantener la distancia —decía su padre—. Los talibanes animan a la gente a que espíe a sus vecinos. Es más seguro no relacionarse con nadie.

«Es más seguro», pensaba Parvana, «pero también más triste». Quizá, justo al lado, había otra chica de su edad, pero nunca llegaría a descubrirlo. Su padre tenía sus libros, Maryam jugaba con Alí, Nooria tenía a su madre; pero Parvana no tenía a nadie.

Su madre y Nooria habían limpiado cada una de las repisas del mueble, y ahora estaban colocándolo todo otra vez.

—Ahí tienes un montón de cosas para que tu padre las venda en el mercado. Ponías junto a la puerta —ordenó su madre.

La vibrante tela roja atrajo la atención de Parvana.

—¡Mi *shalwar kameez* bueno! ¡No podemos venderlo!

—Yo decido lo que vendemos, no tú. Ya no sirve para nada, a menos que tengas pensado ir a alguna fiesta y no te hayas molestado en decírmelo.

Parvana sabía que no tenía sentido discutir. Desde que la habían obligado a dejar el trabajo, el carácter de su madre había ido empeorando cada día.

Parvana puso la prenda con las demás cosas, junto a la puerta. Recorrió los intrincados bordados con los dedos. Había sido un regalo de *Eid* de parte de su tía, que vivía en

Mazar-i-Sharif, una ciudad del norte de Afganistán. Esperaba que esta se enfadara con su madre por haberlo vendido.

—¿Y por qué no vendemos también las ropas bonitas de Nooria? Ella no va a ninguna parte.

—Las necesitará cuando se case.

Nooria miró a Parvana con aires de superioridad. Como insulto añadido, agitó la cabeza para lucir su larga melena.

—Compadezco a quien se case contigo —le dijo Parvana—. Se llevará por esposa a una presumida.

—Ya está bien —intervino su madre.

Parvana estaba furiosa. Su madre siempre se ponía de parte de Nooria. Parvana odiaba a Nooria y también habría odiado a su madre si no lo fuera.

Su furia se esfumó cuando la vio tomar el paquete con la ropa de Hossain para volver a ponerlo en la repisa superior. Siempre se ponía triste cuando tocaba la ropa de Hossain.

Nooria no siempre había sido la mayor. Hossain fue el hermano mayor. Lo había matado una mina cuando tenía catorce años. Sus padres nunca hablaban de él. Recordarlo les resultaba demasiado doloroso. Nooria le había contado algunas cosas a Parvana en una de las pocas ocasiones en las que hablaban.

Hossain se reía mucho y siempre intentaba convencer a Nooria de que jugaran juntos, aunque ella fuera una chica.

—No te hagas la princesa —le decía—. ¡Jugar un poco de fútbol te sentará bien!

Según contaba Nooria, a veces cedía y jugaba. Y Hossain siempre le lanzaba la pelota de modo que ella pudiera pararla y devolvérsela.

—Él te tomaba mucho en brazos y jugaba contigo —le dijo Nooria a Parvana—. Al parecer, le agradabas. ¡Imagínate!

Por las historias que contaba Nooria, Parvana tenía la impresión de que también a ella le habría agradado Hossain.